Tuvo Marcial más presencia de ánimo que Juana; se echó á reir.

—¡Ah! ¡Qué linda historia!—exclamó.—¡Reconozco la letra!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVII

La víspera del matrimonio

El semidesmayo de la señorita de Armaillac no duró más que siete ú ocho segundos. Aunque la desesperación hubiera hecho presa en ella desde hacía algún tiempo, todavía encontró fuerzas para dominarse; aunque el amor le hubiese dado toda su locura, el sentimiento del deber para con su madre y para consigo misma volvióle á la razón. Al abrir los ojos, vió en primera fila á Marcial que, todo agitado, se guardaba la carta.

—¡Conque me ama!—se dijo.

Sus ojos se encontraron, ahogándose en el mismo rayo de amor. Juana llevóse la mano al corazón y se apartó agitando su abanico. Marcial iba á seguirla, cuando el señor Delamare se acercó á ella para hablarle.

—¿Sufre usted?—le preguntó el magistrado.

—No sé qué tengo,—respondió ella.—Vamos al jardín á respirar, porque aquí no hay aire.

Se cogió de su brazo. Más que nunca sintió que aquel hombre no era carne de su carne, porque con

sólo tocar la ropa de su prometido con su guante tuvo un movimiento de repulsión.

—Y sin embargo,—pensó,—es un hombre galante; tiene todas las virtudes que yo quisiera ver en Marcial; luego el amor ha de ser un crimen para ser amor.

En el jardín, el señor Delamare dirigió á Juana toda clase de juiciosas palabras, que la irritaban en vez de calmarla. Aun hay gentes que se imaginan que se triunfa de las mujeres con la dulzura. Mas, como decía Stendhal, para el corazón que sufre, una copa de coñac es preferible á una garrafa de agua de cebada.

—Veo bien,—dijo el señor Delamare á continuación de sus argumentos,—que no se divierte usted en la fiesta; son más de las once. ¿Quiere usted marcharse?

—Sí; adviértaselo usted á mi madre y acompáñenos.

Cinco minutos después, la señorita de Armaillac, su prometido y su madre estaban en un carruaje especial que el señor Delamare había alquilado al efecto. Habló el magistrado mucho de los preparativos del matrimonio: todo se hallaba dispuesto, en la alcaldía como en la iglesia. Al día siguiente, jueves, se casarían civilmente; el viernes se comería en familia. No se casaban aquel día eclesiásticamente por superstición; pero el sábado recibirían la bendición en San Agustín.

Juana escuchaba la historia de aquellos preparativos sin creer por un solo instante que la casada sería ella; así es, que no hubo discusión sino entre su madre y su prometido; por su parte, encontraba que todo estaba bien.

Cuando el carruaje llegó delante de la puerta, el joven magistrado quiso coger á Juana en sus brazos para bajarla; pero la joven escapósele como un pájaro.

Él la cogió una mano.

—¡Oh, Juana!—díjola dulcemente, tomando aires de adoración.—¡No me pondrá usted siempre á la puerta!

Le besó la mano con ternura, estrechando al propio tiempo la de su madre.

—¡Hasta mañana y hasta siempre!—dijo.

—¡Hasta nunca!—pensó Juana.

Y le pareció que si el señor Delamare iba al día siguiente para llevarla á la alcaldía, no encontraría una mujer, sino un cadáver.

En cuanto Juana se halló sola en su aposento, escribió al magistrado lo siguiente:

«Es usted un hombre demasiado galante para que yo no sea franca con usted. Creía que llegaría algún día á amarle; pero nos encontramos en vísperas de casarnos, y sólo profunda estimación siento por usted. El amor no ha venido, y yo soy de aquellas que sueñan con el amor en el matrimonio.

»Dios me es testigo de que no es por falta de voluntad si no le amo. Por usted quise forzar mi corazón. He fracasado; es menester, pues, que renunciemos á casarnos: fuera esto la prisión de los dos.

»Soy demasiado leal para representar una comedia; busque usted una mujer que sea suya en cuerpo y alma. No habíamos enviado invitaciones más que á los íntimos; véalos usted mañana y dígales lo que quiera; dígales, por ejemplo, que estoy atacada de una enfermedad mortal. ¿Quién sabe? Las esquelas de participación pueden muy bien tornarse esquelas de defunción.

»Adiós; ocurra lo que ocurra, no guarde de mí un mal recuerdo.

»Juana de Armaillac.»

Cuando acabó de escribir esta carta, Juana llamó á la doncella, que esperaba en su gabinete de tocador.

—Tome usted, Emma; mañana, á las siete, ha de hallarse esta carta en poder del señor Delamare. ¡Ni una palabra á mi mamá! No le diga usted tampoco que voy á salir, y tráigame pronto mi traje negro.

Y cuando el traje negro estuvo allí, la señorita de Armaillac, después de mirarlo, dijo:

—¿Y por qué no he de ir con mi traje de boda?

Y se vistió de blanco.

Una extraña expresión pasó por su rostro. Tomó un abrigo de pieles, se envolvió en él, se puso el capuchón, y salió sin volverse, pero lanzando un beso en una mirada hacia el aposento de su madre.

—¡Vaya, vaya!—murmuró la doncella.—La señorita vuelve á empezar.

Juana, que había salido, tornó á entrar en el aposento.

—Lo había olvidado,—dijo.

Y abrió su secreter para tomar tres ó cuatro perlas de un cajón con escondrijo.

—Esto es singular,—dijo la doncella, cuando Juana hubo partido.—Ganas tengo de poner al corriente á la señora.

Y, cambiando de idea,

—Pero más ganas tengo, á fe mía, de dormir.

. . . . . .

XVIII

Y, sin embargo, era bella

¿A dónde iba la señorita de Armaillac?

Lo han adivinado ustedes: la calle del Circo la atraía como el abismo.

Eran las doce y media de la noche cuando entró en casa de Marcial. El eterno negrito seguía en su puesto.

—¡Oh, señora!—dijo á Juana.—Creo que hace usted mal en venir esta noche, porque el señor conde ha mandado preparar cena. Mire usted, si no, el comedor.

Juana no quiso mirar; una vez más sintió un golpe en el corazón.

—¡Cómo!—se dijo.—¡Aun no ha acabado esto! Esa mujer me hará sufrir mil muertes.

Se figuraba que era una cena á solas. Si hubiera visto una mesa con seis cubiertos, habríase marchado. Pero la idea de que Margarita iría á pasar la noche con su amante no le impidió entrar en la alcoba.

—Será el ramillete de la fiesta,—pensó.

Viendo la palidez de Marcial, en casa de la señora de Tramont, habíase al pronto imaginado que decididamente había vencido á su indigna rival; que el señor de Briançon sacrificábale, al fin, aquella joven;

que le encontraría, si no dispuesto á casarse, al menos pronto á vivir con ella...

¿Y qué fué de su último sueño?

—¡Estoy maldita!—dijo.—¡No puedo hacer bien ni mal!

Sentóse á la mesa en que el joven conde escribía, tomó una pluma y la hizo correr como el fuego sobre el papel con las armas de su amante.

«Marcial,—escribió,—lo que está usted haciendo es indigno. Por vez postrera me arranca usted á mi resignación para arrojarme en la muerte y en el infierno. Su amor es, pues, una venganza. ¡Cómo! ¡Usted es quien me castiga por haber cometido el crimen de amarle! ¡Ah! ¡Es usted cruel! ¡Nunca, nunca una joven fué así herida por un arma envenenada! Marcial, ¿no ha sufrido usted nunca, ó venga usted en mí las heridas que las otras mujeres le hicieran? Me ha escogido usted para víctima, porque yo era la más blanca, la más pura, la más altiva. ¡Oh Marcial! Es éste el suplicio de los suplicios. Antiguamente se descuartizaba con cuatro caballos que tiraban en otras tantas direcciones: me parece que cuatro caballos se llevan mi corazón hecho pedazos. Y, sin embargo, su rostro de usted no parecía hoy el de un bárbaro. Pero aquello no era otra cosa que la máscara del sentimiento; era para mí engañarme cuando había jurado no creerle. ¡He ahí el refinamiento de la crueldad! ¿Qué quiere usted que sea de mí después de tantas miserias? He violado todos mis deberes de hija y de joven soltera, no soy más que una cristiana maldita, no tengo refugio sino en la muerte, y en la muerte sin perdón. ¡Oh Marcial, Marcial!

»¿Por qué no decírselo? Había roto el matrimonio; había venido á entregarme á usted por completo; pero noto al entrar que no se me espera.

»Nosotras no servimos sino para los entreactos.»

La señorita de Armaillac dejó aquí caer la pluma, preguntándose qué más iba á decir.

Al tomar en su casa las tres ó cuatro perlas, que habían llamado la atención de la doncella, no estaba decidida á morir en cuanto entrara en casa de Marcial, pero quería tener la muerte á mano.

En efecto, aquellas perlas, que eran perlas falsas, encerraban un veneno muy violento, el veneno de los indios, que fué el veneno de la Edad Media, y que en la actualidad se ha puesto al alcance de todo el mundo, á condición siempre de conocer á un químico. Juana, que toda su vida había sido novelesca, díjose cuando dejó de ser niña que nunca estorbaba un puñal y veneno. Metió las perlas en su portamonedas y, con amarga sonrisa, dijo:

—Se han puesto perlas en mi canastilla de boda.

Volvió á coger la pluma y acabó la carta.

«También tengo yo mi venganza. Cuando vuelva usted, Marcial, cuando regrese usted en compañía de esa mujer, le dirá usted que su sitio está ocupado.»

La señorita de Armaillac no firmó esta carta; tiró la pluma y se acercó á la chimenea. Al verse en el espejo, no pudo menos de dejar escapar este grito:

—¡Y, sin embargo, era bella!

XIX

El lecho nupcial

El señor de Briançon había invitado á cenar á algunos amigos entre los cuales yo me contaba. La señorita Aumont quería cantarnos aires de ópera, á fin de darnos una alta idea de su voz y de su método.

Los dos amantes, que se habían encontrado en el café Riche, regresaron de él aquel día más enamorados que nunca, aun cuando el conde de Briançon guardara en su corazón la pálida imagen de la señorita de Armaillac.

Eran las doce de la noche. La cena estaba dispuesta para la una. Era una cena fría; así es, que los que habían de servirla aun no habían llegado.

El negrito encontrábase en la cocina con el cocinero.

Esta vez no se había dormido, porque presentía una tormenta entre las dos queridas de su amo.

Cuando oyó el llavín de Marcial en la cerradura, se presentó delante de la puerta para decir al conde que se encontraría con alguien; mas no se atrevió á hablar.

Margarita Aumont fué la primera en pasar, antes de que el señor de Briançon pudiera detenerla.

No sé si tendría hambre y si estaba dispuesta á

hacer honor á la cena; lo cierto es que al entrar entonó un aire de *Madama Angot.*

—Vamos, vamos,—dijo Marcial.—Diez veces te he multado ya hoy; te prohibo que sigas tocando el organillo.

Pero Margarita, que había comido alegremente, cantó más y más, y ya á grito pelado.

—Cuidado, querida, que vas á despertar al perro de mi vecina.

—¿Por qué tu vecina acuesta á su perro tan pronto? Peor para ella. Cuando estoy en mi casa, estoy en mi casa.

Diciendo esto, Margarita Aumont entró en el comedor.

—Me muero de sed,—dijo.

Y se precipitó hacia un cubo de agua, en que se bañaba, en hielo ya derretido, una botella de champagne.

Pero antes de beber entró en la alcoba, para dejar su abrigo y su sombrero sobre la cama.

Un espectáculo imprevisto hízole apartar de allí sus ojos.

Vió á la señorita de Armaillac tumbada en la cama, doblada la cabeza, colgantes los brazos y en traje blanco, todo lleno de sangre.

Pronto se halló Marcial en presencia de aquel espectáculo.

Y como no era un hombre flemático, creyó que se volvía loco y que era aquello una ilusión.

Se arrojó sobre la cama, apartando con violencia á su querida, que estaba delante de él.

—¿Qué viene á ser esto?—dijo Margarita, cuya embriaguez había disminuído.

Marcial estrechaba la mano de la señorita de Armaillac.

—¡Juana! ¡Juana!—gritó.—¿Qué ha hecho usted? ¡Y yo tengo la culpa! ¡Juana! ¡Juana! ¡Dígame usted que no está muerta!

Y besó en la frente á la joven.

Margarita Aumont se había acercado nuevamente.

—¡Pues buenos estamos! Se toma nuestra cama por un lecho nupcial ó por una piedra de la Morgue (1). ¿Por qué esta señora no se ha muerto en su casa?

Marcial se volvió, dió un golpe en el suelo con el pie y dijo á su querida:

—¡Calla!

El tono de su voz hizo palidecer á Margarita más aún que el horrible cuadro que acababa de mirar.

Sin embargo, atrevióse á añadir:

—Dila que te hable.

—Oye,—agregó Marcial, rechazando á Margarita lejos del lecho,—he cometido por ti todas las vilezas, pero ésta sería demasiado grande. Debes comprender que, muerta esta mujer, has de marcharte de aquí para siempre.

Margarita Aumont quiso defender su derecho de asilo.

—¡Ni una palabra! ¡Ni una palabra!—prosiguió el señor de Briançon, empujándola fuera de la alcoba.—No tienes ni corazón ni alma, si no comprendes que ante esta desgracia espantosa debes marcharte de aquí. ¡Tú has matado á esa mujer!

Ante la sombría energía de su amante, Margarita

(1) Depósito de cadáveres de París.

Aumont se resignó á marcharse, murmurando al salir con dignidad:

—¡No volveré!

XX

Las dos cenas

Margarita nos encontró en mitad de la escalera.

—¡Ah! Sí,—dijo, dándonos la mano,—bonita escena van ustedes á ver. Vienen á cenar, y van á encontrarse con una señorita que ha cenado veneno. En cuanto á mí, se me ha puesto galantemente á la puerta.

No comprendimos una palabra. Margarita bajó y nosotros subimos.

El señor de Briançon no había vuelto á cerrar la puerta; de manera que entramos en la casa y avanzamos hasta la alcoba.

¡Qué espectáculo! Marcial cubría de besos á la señorita de Armaillac, cuyo rostro se hallaba cubierto de mortal palidez. Cuando nos oyó el dueño de la casa adelantóse á nuestro encuentro. Su rostro expresaba todas las desolaciones.

—Es verdad,—dijo;—les había invitado á cenar. Pero acabaron para mí aquellas fiestas.

Nos arrastró hacia el salón, no queriendo que pudiésemos conocer á la que estaba tumbada en su lecho, envenenada y herida de arma blanca.

—Son ustedes,—nos dijo,—hombres de corazón. Por eso no creo preciso pedirles secreto.

Y para extraviarnos,

—Por otra parte, es una mujer desconocida en París. Se ha figurado que la amaba y ha venido á morir á mi casa.

Pero todos habíamos reconocido á Juana.

Conforme nos hablaba, Marcial nos condujo á la puerta. Esta vez, cuando nosotros hubimos salido, la cerró con llave.

Apenas estuvimos en la calle, uno de mis amigos se me acercó y me dijo:

—Ya estoy vengado. Con razón suponía yo que esta joven acabaría mal.

—¿Se halla usted seguro de que está muerta?

—¿No la ha visto usted? Tiene ya los colores de la tumba.

—He aquí una buena suerte trágica.

—Tienen la culpa de esto las pasiones. No es uno dueño de sí mismo.

—Menos de sí mismo que de los otros.

—Hay destinos. Mas no matemos nuestros nervios en las emociones. Esto no nos impedirá cenar.

—¿Y á dónde iremos á hacerlo?

En el momento en que yo formulaba esta pregunta, nuestros ojos se fijaron en una viva luz que se veía al través de las ventanas de enfrente.

—¡Buena historia y buena comedia!—dijo mi amigo, acentuando su eterna sonrisa.—Allí vive el prometido de la señorita de Armaillac, el señor Delamare, que en este instante entierra su vida de soltero.

—¡Cómo! ¡Tan cerca de esa joven que acaba de morir!

—¿No sabía usted que vivía enfrente del señor de Briançon?

—La casualidad hace bien las cosas.

—Ya saben ustedes que podemos ir á cenar á su casa. No sólo me ha invitado, sino que además tengo allí un amigo español que habrá ido al festín con su querida, la señorita Rosa la Rubia; porque hay mujeres.

Pour être magistrat, on n'en est pas moins homme (1).

—Si está usted seguro de que seremos bien recibidos, vamos allá.

—Veo que no le disgusta á usted ver este contraste. Vamos.

Se nos recibió cordialmente. Acabábase de tomar asiento en torno de la mesa. La alegría chisporroteaba ya en las copas y en los espíritus. El señor Delamare era el único que tenía las vagas inquietudes propias de su gravedad. Pero quería que todos se divirtiesen en aquella fiesta, que era su adiós á la juventud. No tenía la menor idea de lo que enfrente acababa de pasar. Creía que la señorita de Armaillac había profesado una simpatía algo viva al conde de Briançon, mas no dudaba que fuese la criatura más honesta del mundo. Juzgaba que con ella sería feliz. Estaba orgulloso de su bondad y de su nombre. Uno de sus amigos habíale dicho que la señorita de Armaillac, se había comprometido algo con Marcial. Hasta se había atrevido á darle á entender que tal vez había ella estado en casa del conde. Pero

(1) El ser magistrado, no impide que se sea hombre.

el señor Delamare habíale interrumpido diciéndole:

—Eso no es verdad, porque yo vivo enfrente y nada he visto.

La verdad es que la señorita de Armaillac no solía asomarse al balcón cuando iba á casa de Marcial.

Se divirtió mucho todo el mundo en casa del magistrado. Uno de los invitados brindó por la juventud, otro por el matrimonio.

—¿No bebe usted?—dije á mi vecino.

—Querido amigo,—me respondió éste,—es que viendo estas fiestas no creo en la juventud; es que nunca creí en el matrimonio.

XXI

El puñal

Mientras tanto, Marcial había vuelto junto al lecho; contemplaba, lleno de desesperación y de vértigo, á aquella adorable Juana en su mortal palidez.

Vió entonces, bajo un pliegue del vestido de la señorita de Armaillac, un puñalito con el que ella había jugado varias veces en su casa; hasta le había dicho en su primera entrevista:

—Nunca me gustaron las alhajas; pero comprendería que las mujeres llevasen un puñalito en la cintura, si no en la liga.

Sin duda en el último instante se había decidido á morir de una puñalada, prefiriendo esto al veneno.

—¡Sangre!—exclamó Marcial.

No se atrevía á mirar la herida. Abría extraordinariamente los ojos, mas no veía.

—¡Juana! ¡Juana!—dijo, alzando la cabeza de la señorita de Armaillac.—¡Perdóneme usted su muerte!

Y miró sus bellos ojos abiertos que nada le decían.

Cayó luego de rodillas y murmuró por segunda vez:

—¡Juana, Juana! ¡Perdóneme usted su muerte!

Después de una pausa, después de una suprema oración, oración de alma desolada, mucho más elocuente que la de los labios, se dirigió mil imprecaciones.

—¡Cómo! ¡Esta joven purísima, que no había conocido sino á Dios y á su madre, ha venido á mi casa, me ha dado su corazón y su alma, y yo he tomado su cuerpo como una bestia hambrienta, y he traicionado al corazón y he perdido el alma! Me traía todas las alegrías: yo le he dado todos los dolores. ¡Cuán bella era, cuán hermosa es aún!

Marcial, que había tenido en la mano el puñal ensangrentado, le volvió á tomar para clavárselo á su vez.

Era aquél el precio del perdón que pedía á Juana: si en vida no le había perdonado, perdonaríale difunto.

Antes de herirse, el joven fué al extremo de la chimenea á descolgar una pequeña miniatura que representaba á su madre. Posó en ella sus labios y murmuró:

—Tú también me perdonarás.

Su muerte era, en su mente, una buena acción; con su muerte, creía salvar el honor de la señorita de Armaillac. Se la encontraría en su casa; pero ¿qué mal podía decirse después del suicidio de ambos? Iba ella á casarse con un hombre á quien no amaba, porque su amor era del conde de Briançon; y fué á casa de éste, y le abrió su corazón, para morir inmediatamente. Y él, no pudiendo decidirla á vivir en su compañía, quiso morir con ella. ¿Quién se atrevería á dudar de su virtud ante la muerte de ambos?

—Sí, es menester que yo muera,—díjose Marcial, apoyando con mano valiente la punta del puñal sobre su corazón.

Pero en aquel momento llamaron á la puerta.

Era el doctor Robin, no el médico de la muerte, sino el médico de la vida.

Dijo á Marcial:

—No salvará usted á esta joven, cuyo estado es grave, sino á fuerza de amor.

Fué necesario vivir.

El señor de Briançon en persona fué á decir á la señora de Armaillac:

—Toda esta noche he cuidado á su hija de usted, que está casi muerta; he rezado á Dios por ella, y Dios la salvará.

Tuvo todas las penas de este mundo para hacer comprender á una madre que su hija estaba en su cama, pero que continuaba digna de su nombre.

Fué menester que la madre, después de una crisis nerviosa, fuera á cuidar á Juana en casa de Marcial.

Naturalmente, el conde de Briançon prometió cuanto le pidieron, hasta casarse con ella en cuanto Juana pudiera ir á la iglesia.

La señorita de Armaillac sufrió mil muertes, aun cuando le consolara la dulce idea de que algún día

sería la señora de Briançon; pero todavía dudaba de la palabra de Marcial, porque sabía que estaba loco por su querida.

Cuando recobró la salud, sorprendió cartas de Marcial que la desesperaron. Así, conociendo bien el carácter de los hombres, hízose la altanera y fingió no amarle.

. . . . . .

XXII

Las inseparables

La señorita de Armaillac fué conducida una noche, por la duquesa de ***, á casa de la célebre duquesa del lunar, más conocida con el nombre de princesa que con el de duquesa; su marido, que era príncipe, habíase vuelto duque; pero ya la fama de su mujer había recorrido ambos mundos, hasta el extremo de que la duquesa continuaba siendo «la princesa del lunar» ó «la princesa Carlota».

Todo París ha visto á la duquesa en acción: cómo olvidó á su primer amante por el segundo; cómo por un refinamiento de voluptuosa crueldad, había abrazado á éste en el momento en que aquél se suicidaba. Un filósofo poco amante de las mujeres ha dicho que todas tenían en sus venas una gota de sangre de víbora, y que por eso se ha de temer todo de una mujer ociosa.

La princesa fué muy simpática á la señorita de Armaillac. Era en cierto modo su contraste. Ella, que tenía el carácter altanero y el espíritu imperioso; ella, que tenía la belleza escultural, severa, casi terrible, admiraba en la princesa todas las argucias de la mujer que oculta su juego. La que recibiera el nombre de «Angel de la tierra», no tenía más que una máscara; la princesa tenía mil, mientras que la señorita de Armaillac no tenía ninguna. La princesa se abandonaba á todas las descuidadas actitudes de las mujeres vaporosas y novelescas; tan pronto era caña inclinada como caña que levanta la cabeza.

En sus ojos profundos leíanse los libros más contrarios; poseía la ciencia de la sonrisa como la ciencia del abanico. Delante de ella hubiera cantado el rey Francisco I su canción:

> Souvent femme varie;
> bien fol est qui s'y fie (1).

Semejante á un espejo que pasa por la calle, su alma no conservaba siempre las mismas imágenes. Estaba hambrienta de amor, pero despreciaba á los amantes. Los encontraba necios y fatuos, y se divertía, como en el teatro, con las serenatas con que la obsequiaban. Supo decir un día á su segundo amante: *Caballero, no le conozco á usted...* Y después de romper con él, habíase jurado no recomenzar lo que ella titulaba ridícula tarea. Tenía, como aquella otra

(1) Con frecuencia la mujer varía; — loco es quien en ella fía.

gran señora que todos conocemos, la altivez de la epidermis; no podía resignarse á ser de alguien, ni aun de su esposo, que se resignaba á hacer la dicha de la señorita Flor de Melocotonero.

Hablábase en el mundo de la princesa poco más ó menos como se hablaba de la señorita de Armaillac: se las creía un tanto extrañas; se las trataba de espíritus fuertes; se las tenía por grandes coquetas; pero no se llegaba á acusarlas de haber pasado el Rubicón del amor. En cuanto se vieron, fué aquélla verdadera pasión de la una por la otra; al cabo de quince días no sabían separarse. Sabido es que la señorita de Armaillac tenía también un lunar; se acabó por llamarlas en el mundo «los dos lunares». No dejó de decirse que estaban demasiado apasionadas la una por la otra, como se dijera diez años antes de la canonesa roja y la mesalina rubia.

Un moralista que se llama como yo ha dicho en alguna parte:

«No es el hombre quien pierde á la mujer; es la mujer misma.»

La señorita de Armaillac se había perdido ella sola; pero, al menos, el corazón había dominado á la cabeza. El amor, cuando es verdadero, está semiperdonado. Poco faltó para que la princesa arrastrara á Juana hacia el amor que no se perdona: el amor por dinero, ó, si lo prefieren ustedes, por perlas. ¡Cuántas virtudes no resistirían á un collar de perlas de diez mil luises! Fué el caso que un día, la princesa, harta de oir á Juana lamentarse en las tristezas de su primer amor, púsola delante de un grande de España, que no encontraba en París muchas rebeldes.

Era el duque de Obáñez.

XXIII

Las dos venganzas

La princesa dió un baile; Juana asistió á él con la señora de Tramont, porque su madre tenía una violenta jaqueca por haberse teñido los cabellos.

Aquella noche, Juana triunfó en toda línea.

La señora de Tramont, siempre aturdida y no menos distraída, se marchó á las doce y media de la noche, olvidándose de la joven.

Juana también se olvidó de la señora de Tramont, porque bromeaba con el duque de Obáñez, mirando al soslayo al conde de Briançon, que sufría mil muertes.

Era aquél el primer festín de su venganza.

¿Por qué hacia las tres la señorita de Armaillac se dejaba acompañar sin hacer remilgos por el duque?

Tal vez fuera por divertirse á costa de él.

Quizá fuera también por desafiar á Marcial, que no la perdía de vista y que la vió partir al mismo tiempo que el grande de España, si no con el grande de España.

En el trayecto de la calle de Morny á la Avenida de la Emperatriz se representó una corta comedia.

El duque de Obáñez, para salvar las apariencias, había dicho que prestaba á la joven su carruaje para que la llevara á casa de su madre.

Y subió en un fiacre mientras Juana montaba en su coche. A todo señor, todo honor; el carruaje en que iba la joven pasó delante.

Y fué el caso que al fiacre seguía un tercer carruaje, que detrás llevaba otro.

En éste iba Marcial. Se habría ya previsto.

Pero ¿quién iba en el cuarto coche? Era una celosa. Era una mujer casada que había sido por un instante la querida del duque de Obáñez y que encontraba abominable que una mujer... no casada... se dejase hacer la corte por aquel bello don Juan.

Al llegar al Arco del Triunfo, el primer carruaje, cuyo cochero tenía ciertas órdenes, se detuvo. El duque bajó de su fiacre y subió al lado de la señorita de Armaillac.

—Estoy asustada,—díjole ella.—Nuestra marcha parece la de un convoy. Mire usted esos fiacres.

El duque ordenó al cochero que apretara el paso; los otros le imitaron.

Cuando este fúnebre cortejo llegó á la puerta del hotel, Marcial bajó casi al mismo tiempo que el duque de Obáñez. Estaba desesperado y furioso: quería arrojarse entre el duque y la señorita de Armaillac.

Feliz ó desgraciadamente, la mujer casada, no menos furiosa que el joven, llamó á Marcial.

– Caballero, ¿dónde estamos?—le preguntó para ocultar su juego.

—No lo sé.

La cólera y los celos de la dama concluyeron con los celos y la cólera del señor de Briançon. La encontraba muy linda á la luz de la luna, y, como el amor en él no ahogaba el libertinaje, propúsola gravemente mostrarle su camino. Ella, que sabía cómo Marcial se portaba con las damas, no rechazó la ocasión de vengarse del duque.

Y, por otra parte, él no estaba seguro de que la joven que acompañaba al grande de España fuese la señorita de Armaillac, tanto menos cuanto que la dama furiosa y encelada había creído reconocer, en los últimos instantes, á una condesa amiga suya.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXIV

El museo de las tentaciones

Mientras tanto, el duque de Obáñez, que no se apuraba aunque hubiese muchos coches cuando guiaba en los Campos Elíseos, se vió, al entrar en su casa, en un apuro por causa de las mujeres. Aquel grande de España, que había huído de su país un día de revolución, no tenía más ambición que ser buen capitán en las batallas de mujeres ó buen político en las aventuras galantes. ¿Quién no le conocía en París en el mundo de las fiestas y de los vestidos de cola? Tiene entrada en todas partes. Las señoritas, como las señoras, le aman por sus cabellos negros, por su barba heroica, por sus ojos de águila, por su buen humor diabólico, por su corazón de oro, y tal vez también por su dinero contante. Tiene tanto, que podría sufragar los gastos de los tres ó cuatro reyes que veranean en París. Adora á las mujeres rubias,

mas no aborrece á las morenas, y menos aún á las de pelo castaño; con tal que una mujer sea mujer por la belleza, por el encanto ó por el talento, es amiga suya. Se expondrá á que lo maten por una palabra malsonante dicha contra una de ellas, porque la espada es en él tan valiente como el corazón. Tiene otra virtud: en él todo es misterio; no cuenta sus aventuras, ni permite que se calculen aproximadamente; es, en una palabra, un hombre galante de la cabeza á los pies. Habita, en la avenida de la Emperatriz, el hotelito del duque de Sarisis, que le ha alquilado la duquesa, desde que la pobre Violeta refugiárase en Borgoña. No tiene la pretensión de hacerse el don Juan como Octavio; no se cree tan virtuoso, pero sabe apañárselas; es algo distraído y olvidadizo; tiene tantos asuntos amorosos entre manos, que no sabe nunca hacia dónde volver la cabeza. He ahí por qué la noche del baile de la señora de Tramont se encontró en un apuro por causa de mujeres. Sin duda había probado á la señorita de Armaillac que el camino más corto para ir á casa de su madre estaba pasando por la avenida de la Emperatriz. Le sorprendía, por otra parte, que Juana se le resistiera tan poco: parecíale se le abandonaba como si el amor la impulsara hacia él. Y él se imaginaba que iba á caer en su mano como un melocotón maduro.

Pero estaban iguales de juego; la señorita de Armaillac no escuchaba á su corazón como la primera vez. ¿Quería vengarse de su primer amante haciéndose la querida del duque de Obáñez? No.

¿Quería vengarse del dinero por dinero? Había pasado mucho tiempo sin él; su radiante belleza pedía un marco de oro; Dios no le había dado derecho

á los diamantes y las perlas. Sentíase humillada yendo en fiacre como una burguesa, hasta le había ocurrido subir á un ómnibus como una planchadora. Con una mirada rápida y segura, comenzaba á juzgar al mundo por lo que vale. ¿Qué es la virtud? Una mujer que no sabe vestirse, una joven que renuncia á todo excepto al confesonario. El corazón había arrastrado á Juana tan lejos en el pecado, que la joven no podía ya estimarse á sí propia. ¿Qué le importaba la estima de los demás, si podía vivir como quisiera? Y, por otra parte, ¿no salvaría las apariencias por su nombre y su orgullo? ¿Quién se atrevería á acusarla en aquel bello mundo en que las tres cuartas partes de las mujeres no se atreven á tirar la primera piedra, en que los hombres no son encantadores sino con las pecadoras?

Mas, para llevar cierta vida, es necesario poder soportarla; he aquí por qué Juana se aventuraba aquella noche con el duque de Obáñez, no queriendo confesarse que estaba en venta, pero decidida á aceptar en el canastillo de aquel matrimonio á izquierdas un río de diamantes ó mejor un collar de perlas de cinco vueltas que el grande de España habíale ya prometido.

Era, según él decía, por amor al arte. ¿No se le [illegible]n alhajas á la Virgen? No se consideraba nunca [illegible] feliz como cuando colocaba bien sus diamantes [illegible]us perlas. Embellecer á una mujer ya bella, ¿no [illegible]obra de artista? De manera que la señorita de [illegible]naillac podía figurarse que el duque de Obáñez no [illegible]ía de ella sino el arte por el arte. Y ella, que se tr[illegible] dado por nada, no quería darse por dinero. [illegible] sit[illegible] grande de España no penetraba en el alma de

la señorita de Armaillac; era algo fatuo, pero se admiraba, no obstante, de vencer tan pronto á aquella linda desdeñosa. No podía creer que la cuestión de dinero entrase por algo en la inclinación de Juana. En el fondo, era un filósofo práctico; tomaba á las mujeres como son, sin quererlas pasar por el laminador de Platón ó de La Rochefoucauld. Sabía perfectamente que el moralista que dijo:

Todas las mujeres son iguales,

no había conocido más que una mujer. Todas las mujeres son iguales para hacer traición, mas no para dejarse seducir.

Mientras tanto, el carruaje del duque había atravesado la verja y llegado al vestíbulo; un ayuda de cámara se acercó á la portezuela.

—El señor duque es esperado,—murmuró á media voz.

—¡Ah, diablo!—pensó el duque.—¡Ya no me acordaba!

—Señorita,—dijo á Juana, ofreciéndole la mano para bajar.—Parece que hay en mi casa un conciliábulo político. Pido á usted cinco minutos para pone de acuerdo á todo el mundo. Voy á conducir á uste al salón.

—Todo lo adivino,—dijo la señorita de Armailla — Me ha ofrecido usted una taza de te con el prop sito de mostrarme sus riquezas; pero parece que sitio está ocupado; me voy.

Juana quiso subir de nuevo al carruaje; como duque la detuviera,

—No,—dijo ella, recobrando su aire imperioso ponga usted á la puerta á sus mujeres, ó me voy

El duque obedeció, diciéndose:

—Esas volverán.

Se imaginaba que pronto sería dueño del corazón de Juana, quien, según la princesa, sólo buscaba ocasión de vengarse; pero todo pasó en vagas conversaciones. Cuando el duque pronunciaba una palabra galante, la señorita de Armaillac adoptaba su aire altivo. No quiso él dejarla partir sin atravesar los salones y aposentos de su hotel.

Era aquello el Vaticano iluminado. El duque daba un poco en lo teatral; no estaba orgulloso de su fortuna, pero lo estaba de aquel pequeño palacio en que había amontonado por valor de tres ó cuatro millones de mármoles, de bronces y de muebles rarísimos.

—¿Por qué me hace usted ver todo esto?—le preguntó la señorita de Armaillac.—¿Es que trata usted de cogerme en sus dorados lazos? Piense usted que si vine aquí es porque no le tengo miedo.

—No es con ese fin, pero todas estas cosas se fastidiarían si no se las mirase. Cuando tengo la buena suerte de encontrar una mujer de gusto refinado, la paseo por aquí, si es hermosa, para ser agradable á mis antigüedades.

Juana admiraba á su paso, pero pasaba aprisa, diciendo:

—Ya sabe usted que le esperan esas señoras.

Iba á bajar la escalera, cuando el duque la detuvo con estas palabras:

—Hemos olvidado las alhajas.

Ante esta palabra, la mujer no es ya dueña de sí misma; he aquí por qué la señorita de Armaillac retrocedió, encaminándose hacia un pequeño gabinete situado junto á la alcoba del grande de España.

—Mire usted,—dijo el duque de Obáñez,—qué bien he vestido este escondido gabinete.

La habitación estaba cubierta de damasco rojo púrpura que realzaba el brillo de las joyas, encerradas en tres armarios negros y de un severo dibujo. El cuarto armario albergaba las condecoraciones del duque: el Toisón de Oro y demás atributos de la vanidad.

La señorita de Armaillac se detuvo primeramente ante aquel armario.

—Confiese usted,—dijo al duque,—que son ustedes más mujeres que nosotras. Todas esas cruces no son sino un pretexto para vestir mejor.

—Por eso las llamamos *condecoraciones*. Está usted oficiando de espíritu fuerte; pero ¿qué escogería usted para ponérselo al cuello, si le diera á elegir entre una de esas cruces y una sarta de diamantes?

El duque arrastraba á Juana hacia el armario en que se hallaban éstos; mas ella se detuvo en el contiguo.

—¿Que qué escogería? Pues escogería ese collar de perlas de cinco vueltas.

—¿Le gustan á usted más las perlas que los diamantes?

—Mil veces más. Piense usted que las perlas, si se ha de dar crédito á la leyenda, cayeron vivas del seno de Venus. Son hijas del mar que no piden otra cosa que vivir en el cuello y en el brazo de las mujeres.

El duque abrió el armario de las perlas.

—Sí,—dijo tomando el collar,—estas hijas del mar serían muy felices, las golosas, si pudiesen vivir en su seno de usted. ¡Cuán bellas se tornarían, si usted las alimentase con su suavísima carne!

Diciendo estas palabras, el grande de España puso el collar de perlas á la señorita de Armaillac. No se habrá olvidado que la joven iba escotada, pues acababa de salir del baile de la duquesa de ***. El duque desabrochó su abrigo para que las perlas lucieran en toda libertad.

—Mire usted,—dijo.—Parece que son felices viéndose en tal festín.

—Cuidado,—replicó Juana, volviendo á abrocharse.—No estoy aquí en el baile; estoy en su casa de usted.

—Las mujeres son verdaderamente ilógicas; van al baile medio desnudas, mas no quieren mostrar lo más mínimo de su persona cuando están á solas con un hombre.

—¿Qué quiere usted? Las mujeres en el baile son como las estatuas en los jardines públicos.

La señorita de Armaillac se miraba por segunda vez al espejo, para ver si estaba linda con las perlas.

—Sí, sí,—dijo.—Me sientan bien. ¡Y cuán dulce es llevarlas!

—Es dulce y casto. Una mujer sin perlas está demasiado escotada.

—Tal vez no le falte á usted razón; por este motivo me llevo su collar para mañana.

—Sí,—dijo el duque con efusión,—háganos usted ese favor, á mí y á mis perlas; duerma usted con ellas esta noche: serán mucho más hermosas cuando me las devuelva usted.

El duque había cogido la mano de la señorita de Armaillac, inclinándose sobre sus cabellos.

—Un beso por cada perla,—dijo.

—¿Nada más? Pero considere usted que no podría-

mos llevar la cuenta. ¡Es usted muy goloso, querido duque! ¿Y si le cogiera á usted la palabra?

—Cójamela usted.

Y, sonriente,

—No la cogeré yo á usted del cuello para recobrar mis perlas.

—Tranquilícese usted: mañana me atreveré á volver aquí para traérselas; pero después de las doce de la noche, luego de haber maravillado á todo el mundo en la Ópera.

—No haga usted esa locura; las envidiosas se cebarían en usted.

—¡Nada de eso! Dirán que tengo perlas falsas. Y eso me divertirá.

El duque había abrazado á la señorita de Armaillac. Ella se indignó á medias y le dijo:

—Eso está muy mal hecho. ¡Qué! ¿No me conoce usted?

—Vamos, vamos, mi querida soberbia, que apenas he llegado á los cabellos. Creía que era cosa convenida, una perla por beso.

Juana se sonrió.

—Entonces, ya es mía una parte del collar.

—Ciertamente. Y sepa usted que mi mayor dolor consistiría en recuperarle; porque se lleva usted mi corazón y mi collar, y al devolverme el collar no me devolvería el corazón.

—Frases, frases,—dijo Juana, ganando la puerta.

El duque la acompañó hasta el coche; tomándole la mano delante del estribo, apoyó en ella sus labios.

—Cuidado,—díjole la joven,—que con ésta son dos perlas.

—Sí, sí,—replicó el duque, volviendo á subir las escaleras del vestíbulo.—Pero la última es la que cuesta.

XXV

El collar de perlas

Eran las cinco y media de la mañana cuando la señorita de Armaillac volvió á su casa. Su madre dormía sin inquietud; no dudaba que Juana estuviera en lo sucesivo en guardia contra los enamorados. Por otra parte, la señora de Tramont habíale dicho que Juana se quedaría en su casa si el cotillón se bailaba demasiado tarde.

Naturalmente, la señorita de Armaillac no despertó á su madre para decirle que eran las cinco y media.

A las seis, no estaba acostada todavía.

Era, sin duda, un espectáculo encantador verla semidesnuda delante de un armario de luna mirándose y admirándose con el collar puesto. Vestida ó por vestir, nunca se había encontrado tan hermosa. Las jóvenes de veinte años no están, en su mayoría, en la flor de su juventud; los brazos son demasiado flacos y las manos demasiado encarnadas; los hombros no están llenos de carne como algunos años después. Pero la señorita de Armaillac pertenecía al corto número de las jóvenes que han entrado en la exuberancia de su belleza.